

## **LA MEMORIA COMO CAMPO DISCIPLINAR. ALGUNOS PROBLEMAS TEÓRICOS Y POLÍTICOS\***

**Memory like disciplinary field. Some theoretical and political problems**

**Alejandro Polanco Ramírez**

Abogado, Universidad de Chile. Diplomado en Estudios Latinoamericanos,  
Universidad de Chile. Integrante Grupo de Estudios Historia y Justicia.

Contacto: alejandropolancoramirez@gmail.com

### **Resumen**

La memoria como necesidad del ser humano está ligada a la modernidad y tiene que ver con un darse cuenta del ritmo rápido de la vida, su transitoriedad y fragilidad. Por ello no es de extrañar el desarrollo de un campo disciplinar llamado "memoria" compuesto por gran número de académicos, estudiantes y recursos. En países que han salido de experiencias traumáticas de terrorismos de Estado nos lleva al análisis de la represión y la violación de los derechos humanos. El estudio de dicho pasado puede parecer justo y democrático ¿Pero es tan simple el asunto? El fin de este artículo es problematizar el abordaje que se le ha dado al tema de la memoria y cuestionar la asunción de ésta como campo disciplinar autónomo, reflexionar sobre su significado y prevenirse de excesos como los señalados por Todorov, los abusos de la memoria, abusos que impiden tanto la reflexión como el debate sobre la memoria y sus sentidos posibles.

**Palabras clave:** Memoria, pasado reciente, campo disciplinar

---

\* Este artículo fue presentado como ponencia en el II Encuentro de Teoría y Filosofía Política, organizado por los centros de estudiantes de filosofía y ciencias políticas de la Pontificia Universidad Católica y que se desarrolló en mayo de 2014.

### **Abstract**

Memory as human need is linked to modernity and to relate with understand the fast pace of life, her transience and fragility. It is therefore no wonder the development of a disciplinary field called "memory" composed by many academics, students and resources. In countries emerging from traumatic experiences of state terrorism leads to the analysis of repression and violation of human rights. The study of the past can seem fair and democratic. But the matter is so simple? The purpose of this article is to discuss the approach that has been given to the subject of memory and question the assumption of it as a disciplinary field autonomous, reflect on its meaning and prevented excesses such as those mentioned by Todorov, abuses of memory, preventing abuses what inhibit the reflection and debate on memory and its possible meanings.

**Key words:** Memory, recent pass, disciplinary field

**Actualmente**, parece que no existieran consensos tan claros como cuando se habla de temas como los Derechos Humanos o la Memoria. Entonces, cuando recordamos lo que sobre las ciencias sociales dijo Claus Offe, en relación a que éstas de hecho se convierten en siervas pragmáticas del poder, ¿es acaso un despropósito pensar que el grupo de estudios que se nombra a sí mismo como Memoria con o sin apellido de histórica, que tiende a la normalización o estandarización en un campo (palabra que de por sí es bastante inquietante) ha propendido a lo señalado por el sociólogo alemán? Tal vez si lo sea, pero, posiblemente por deformación profesional, y refugiándome en Radbruch, que dijera alguna vez que el buen jurista debe tener siempre mala conciencia, me parece que la pregunta es justa y que la Memoria puede ser vista desde un punto de vista bienintencionado, pero también, desde la desconfianza.

En Latinoamérica, como en otros lugares del mundo, no ha sido sino hasta hace pocos años que se ha mostrado preocupación y han visto la luz tanto los estudios como los demás aspectos vinculados con el tópico memoria, relacionados a los llamados procesos transicionales y más precisamente, a la coyuntura de los gobiernos post-dictatoriales y de los retornos a la democracia. Ciertamente, como señala Jelin (2002: 12) la preocupación contemporánea por la memoria en el mundo

occidental si bien es reciente es de más antigua data que en Latinoamérica y tiene que ver con un darse cuenta del ritmo rápido de la vida, y la transitoriedad y fragilidad de los hechos de la existencia. Este ritmo acelerado de la vida y este sentimiento de transitoriedad, más allá de un momento concreto, podemos relacionarlo con el advenimiento de una época o un cambio de época, ya que la memoria como necesidad del ser humano o del grupo humano, está ligada con la modernidad, con el advenimiento de la industrialización, de la urbanización acelerada (Rama, 1972: 83) y la producción de bienes para una comunidad cada vez más masiva (Zaneti, 1994: 4). Antes, las comunidades podían vivir cobijadas por sus tradiciones e inmersos en una cultura propia y presente en el día a día, que provenía de sus ascendientes y era cercana y comprensible (Romero, 1999: 441). La memoria no dependía tanto de la fijación, ni de rituales e instrumentos puestos para cumplir dicha función, sino que el sentido se encarnaba en los propios sujetos de la comunidad (Schindel, 2011: 2). Lo anterior es constatable a través de la ciencia histórica, que ha trabajado el tema copiosamente (por ejemplo en relación a las migraciones campo ciudad) (Romero, 1999: 454). Respecto a lo anterior, y como primera señal de mala conciencia, me parece útil una primera advertencia. Hay que precaverse del error de entender el proceso de construcción de memorias como han tratado de hacerlo ciertos grupos indígenas de corte esencialista (Zapata, 2004: 169-187) y concebirla como la recuperación de una suerte de formación cultural primigenia, espontánea y pura, invocando a través de una estética cercana al romanticismo una suerte de paraíso perdido. Me parece que es importante lo anterior, teniendo presente que para entender bien el tema de la memoria hay que prevenirse de excesos, como los que señala Todorov, los abusos de la memoria, abusos de corte político y de otros tipos que impiden tanto la reflexión como el debate sobre la memoria y sus sentidos posibles.

Creo que para entender a cabalidad el tema del surgimiento de los estudios y la preocupación por la memoria debe tenerse presente lo ocurrido a principios del siglo XX y que hace años ya expusiera lucidamente Walter Benjamin. El *empobrecimiento de la experiencia*, que ocurre al quebrarse el lazo íntimo que confería la continuidad de la tradición con el presente. Pasa con la memoria algo análoga que con la obra de arte. Benjamin dice que en la época de la reproducción técnica, lo que se atrofia es el aura. Esto significa, según Benjamin, que la técnica reproductiva desvincula lo

reproducido del ámbito de la tradición. Esto, es una tremenda conmoción, y según Benjamin, una de las muestras de la crisis y renovación que en su tiempo le toco presenciar. Lo anterior tiende a estar en estrecha relación con los movimientos y el nacimiento de las sociedades de masas contemporáneas. La necesidad de este anclaje con el pasado, señala Jelin, especialmente en el caso de los grupos oprimidos, discriminados o silenciados, permite construir, teniendo presente en el día a día un pasado común, sentimientos de confianza y autovaloración grupales (Jelin, 2002: 19).

Es este distanciamiento de la tradición viva el que da lugar a la proliferación de las memorias y al surgimiento de obras fundacionales y a estas alturas clásicas sobre la materia, siendo fundamental el trabajo de Halbwachs. Esto se debe a múltiples factores, pero hay que recordar la introducción de maquinarias, el cambio en el trabajo humano, los cambios políticos, sociales y culturales en el Siglo XIX, las transformaciones en el espacio urbano, la expansión de la prensa, la creación de la industria cultural (Zanetti, 1994: 11), todas notas características de la modernidad que han contribuido al paso de una memoria viva y orgánica a una memoria de archivo. Es cuando la cohesión entre memoria, identidad y grupo empieza a diluirse, que se posibilita por los avances de la modernidad, que empiecen a surgir los textos, las colecciones y los archivos. De otro modo aquello tan atesorado se perdería. Es la modernidad la que precipita y que permite sucedáneamente, que sean los artefactos, mas ya no la comunidad viva, los que se encarguen de preservar el pasado. Vivimos en una cultura de la memoria. En una era de coleccionistas. Registramos y guardamos todo, las fotos de la infancia, los recortes de diarios y revistas, los archivos oficiales (Jelin, 2002: 9). La modernidad aleja a los campesinos de sus parcelas en el interior y los lleva a la ciudad (Romero, 1999: 439) pero a la vez les recompone su memoria a través de la técnica, a través de la reproducción de una foto o un afiche, que muestre el campo o la cordillera. Esta situación es importante y de efectos amplios, ya que es ese quiebre con la tradición y con la memoria orgánica la que lleva según Benjamin, a las masas a pedir satisfacción a una exigencia de primer orden. Acercar a ellas las cosas, espacial y humanamente, a través de la reproducción técnica. Como sabemos y lo ha explicado muy bien Benjamin todo lo anterior explica, finalmente también, en buena parte los totalitarismos del siglo XX.

Todo lo dicho hasta aquí, es trascendente y esencial para entender el desarrollo de la modernidad y podría justificar en términos disciplinarios el desarrollo de los estudios de Memoria. Pero, y aquí aparece una vez más la mala conciencia ¿Será en realidad esta preocupación por la incapacidad del hombre moderno por tener y transmitir experiencias el pilar de este campo de estudios? ¿O será que en todo esto pesan más los intereses políticos, y los económicos, o las necesidades de sustentación de la actividad académica y a la siempre odiosa urgencia de asegurar su financiamiento?

En realidad, los trabajos que se realizan en este nuevo y poco pacífico campo de estudios se ven, aparentemente, una vez más, dominados por el poder hegemónico, o sea por la hegemonía entendida en el más cabal sentido gramsciano. Es un hecho conocido que las directrices de investigación y conocimiento en estos temas (como en varios más) provienen de centros del primer mundo. Andreas Huyssen ha hablado de la "Globalización del Discurso de Auschwitz" (Faber, 2004: 37-50). En adelante, me parece que entre otras cosas, habría que considerar que el campo se consolidó en Europa después de la segunda guerra mundial, con el señalado Halbwachs, él que, vaya simbolismo, murió en un campo de concentración, y es en Francia, fundamentalmente con autores como Pierre Nora, donde se trata de introducir el concepto en las ciencias sociales.

Teniendo presente lo señalado hasta aquí, es dable cuestionar varias cosas. Cuando hablamos de Memoria o Memoria Histórica, el sentido común, por lo menos en países que han salido de experiencias traumáticas de terrorismos de Estado u ocupación extranjera, nos lleva a imaginar en un primer momento, asociaciones de ciudadanos en general afectados por violaciones a sus derechos políticos o humanos, exigiendo reparación y justicia. En breves palabras, podríamos imaginarnos que es un movimiento socio-cultural, nacido en el seno de la sociedad civil, que pretende divulgar, de forma rigurosa, la historia de la disputa contra los opresores o los invasores, con el objetivo de que se haga justicia y recuperar referentes para luchar por los derechos humanos, la libertad y la justicia social. En realidad en parte es así, pero tal como se entiende actualmente, reviste un grado bastante más amplio de sofisticación y pretensión intelectual (el lenguaje científico como sabemos es el que valora la actividad intelectual en la modernidad).

La memoria es un concepto que proviene en su sentido tradicional, y de este modo recocida por todos, de la psicología cognitiva y posteriormente de la neurociencia, pero, como vengo diciendo, ha surgido, impulsada por el devenir histórico y por coyunturas políticas, como un campo de estudio que se acerca y a la vez pretende distanciarse de la historia. La diferencia, de una forma sintética, es que la historia tiene la vocación de construir a partir de documentos y otras fuentes una versión, que puede ser ciertamente política y subjetiva (descartándose lógicamente cualquier posibilidad de asimilar la historia a las ciencias exactas en busca de una supuesta objetividad) pero que es única y corresponde al historiador y que procede principalmente bajo la modalidad del archivo. La memoria, en cambio, según algunos estudiosos de este campo, partiría de la experiencia, de lo vivido, de cómo los hechos, la historia y finalmente la vida, marca el cuerpo, ya sea del hombre individual o del colectivo (Calveiro, 2006: 377).

Personalmente me parece que el intento de diferenciación es inteligente y tiene cierta elaboración, pero creo que es un poco forzado, pues existen técnicas de trabajo histórico, cualitativas (por ejemplo la historia de vida, el testimonio, el recuerdo individual, la entrevista, etc.) que caben precisamente en la definición de trabajo de memoria. Por lo demás, en relación a los temas más populares trabajados por los memorialistas, no se puede obviar que, por ejemplo, los historiadores del tiempo presente se ocupan de las dictaduras militares del Conosur, los etnólogos tratan las comunidades que desaparecen, y todo esto sin ser exhaustivo. Pareciera, que además de su origen europeo y de los medios que le financian, el éxito de este concepto, tal como sucediese en su oportunidad con el de *mentalidades*, se basa más que en un rigor epistemológico, en una fuerte carga sentimental.

No obstante del intento de definir a la memoria diferenciándola, podemos extraer conclusiones y consecuencias interesantes. Primero, de lo que se trata es de hacer de una experiencia única e intransferible algo comunicable, que se puede compartir (Calveiro, 2006: 378). La memoria sería para muchos académicos que se dedican a la disciplina una suerte de catarsis liberadora, que permite la incorporación del pasado al presente, superando los síntomas de lo traumático, de la represión y la disociación transformando aquel pasado, narrativamente, en una construcción social comunicable (Jelin, 2002: 29). Puedo concluir, por lo tanto, que la práctica de la

memoria debiese ser esencialmente narrativa, ya sea como acto, ejercicio de sanación o práctica social. Es decir, de lo que estamos hablando, en lo más profundo del problema de la memoria, ubicándonos en nuestro lugar en el mundo, Latinoamérica post-dictatorial, es de relatos sociales, de la existencia y de la vida de hombres y mujeres reales, que en ciertas coyunturas de violencia y terror puedan convertir su propia experiencia y su vida en algo comunicable y posible de socializar.

Este relato, es algo que parte de la propia base social, hombres y mujeres a quienes les suceden cosas, y por ello, insisto a riesgo de ser majadero, es de extrañar bastante la configuración de un campo intelectual de memorialistas (que tiene reglas, objetivos, métodos, aunque siempre quede, se diga, a salvo, el *compromiso* del investigador).

Es reconocido por todos, y lo señala un autor de autoridad transversal en estos asuntos, Paul Ricoeur, que el sentido del pasado está sujeto a interpretaciones muchas veces ligadas a las expectativas del presente o el futuro (Jelin, 2002: 39), por ello, es un deber y una muestra de rigor intelectual, el asumir que no existen memorias neutrales y toda memoria tiene en esencia, una fuerte e insalvable carga política. La microhistoria, en la versión difundida por Carlo Ginzburg, aporta en esto pistas, pues nos hace ver que la memoria no es otra cosa que indicios, marcas de clase y experiencias, que sobreviven como una historia de resistencias que no puede ser vista como una relación de causalidad, sino como un proceso de transmisión y aprendizaje (Lorenz, 2007: 47-56). El famoso Menocchio, dice Ginzburg, tenía una imagen simplificada de la existencia, pero muy categórica. El mundo se dividía entre hombres superiores y pobres. Y Menocchio sabía que era un hombre pobre (Ginzburg, 1991: 50). Lo que esto quiere decir, es que es más que formas de representar la memoria debiese atenderse a como las experiencias de vida de los reprimidos se transforman en sentimientos y en símbolos, y para ello, no es posible escapar a la pregunta sobre qué fue lo que los reprimidos creyeron, sintieron, desearon y pensaron. Por cierto, aquí cabe considerar lo dicho por Todorov. En la era de la información, sin capacidad para relacionarse con el pasado, la memoria estaría amenazada no por falta de información, sino por su sobreabundancia (Todorov, 2000: 13) lo que impediría diferenciar entre lo que se debe y no recordar, olvidando que el olvido, es importante también para la memoria. Por ello, la asunción

del campo y más aun, manuales de uso para investigar e intervenir las memorias (Jelin, 2002: 7), donde se explicita el propósito de articular una generación de investigadores con formación teórica y metodológica sólida, tiende a dirigir ese olvido, que es necesario para recordar, y se centra sólo en determinados aspectos del pasado. Esto, siendo malintencionado una vez más, no puede entenderse sino como una muestra más de la racionalidad moderna para reemplazar la sociedad por la ciencia, y finalmente construir una memoria *adecuada*, que se ajuste a los procesos que internacionalmente se recomiendan y lo cual ha llevado a la concreción, de memorias deshistorizadas, despolitizadas, pacíficas y funcionales a la nueva hegemonía global.

Finalmente no puede, sin duda, esperarse un resultado muy diferente de proyectos financiados por Fundación Ford, Rockefeller, Hewlett, etc. Todorov dice que en la época del culto a la memoria, la militancia por la memoria es un lugar común, pero antes de saber si tales llamados a recordar tienen legitimidad, hay que atender a las motivaciones de esos militantes (Todorov, 2000: 22). Esto, por cierto, y lo dijimos anteriormente ya, está estrechamente relacionado con el concepto de hegemonía gramsciana, a partir de la cual, entendemos que el poder no solo domina por la fuerza bruta, como ha ocurrido muy a menudo en Latinoamérica, sino porque es capaz de ofrecer y estructurar como válido y valioso un concepto de sociedad y de mundo creíble y aceptable, y más aun, de mostrarlo como natural, conveniente y necesario (Calveiro, 2006: 360). No obstante la violencia política y étnica sostenida no solo en Latinoamérica sino en el mundo, se promueve desde las instituciones del poder global a las democracias formales y a una organización política tolerante, con una finalidad bien precisa. Rechazar toda forma de violencia no estatal (paradójicamente, se promueve igualmente la tolerancia cero y el uso de toda la violencia material y simbólica de parte del Estado para las conductas que se aparten de lo establecido y que por regla general se criminalizan, como bien sabemos en Chile). El discurso que predomina es el de la flexibilidad, tolerancia y apertura, que suena muy bonito y que es una de las caras de la modernidad, pero que excluye del discurso esos otros elementos del pensamiento moderno: la violencia, exclusión y fragmentación social (Calveiro, 2006: 377). Pero la sociedad global, al contrario de lo que se sostiene, ha profundizado los rasgos más autoritarios de la modernidad, y muy diferente de la sociedad de paz y armonía que pretende ser, tiene continuidades

en casi todos los aspectos perversos con la sociedad bipolar de la guerra fría (Comblin, 1979: 31). Por lo anterior, es que no ha de extrañar que la memoria o actividad memorial, se centre en nuevos paradigmas surgidos a mediados de los años 70 (Democracia liberal, tolerancia, Derechos Humanos) y haya olvidado paradigmas anteriores, es decir los proyectos socialistas latinoamericanos (Löwy, 2007: 12), tomando como marcos y modelos interpretativos unos y excluyendo otros. No es por ello raro que los trabajos realizados por el campo de la memoria hablen tan poco de la situación histórica y de los proyectos políticos de los sujetos violentados y cuya memoria se supone busca rescatar, y la discusión se centre más bien en el tema de los derechos humanos y su violación (vistos como una entidad supra o a-histórica), como una exigencia del individuo (no del grupo) a la sociedad representada en el Estado (Jelin, 2002: 5).

Acá hay un tema teórico que me parece de la mayor importancia. No hay duda de que de lo que se trata cuando hablamos de memoria es de ubicar el espacio de lo pasado, de la experiencia, de lo vivido, en el presente (Jelin, 2002: 13) y creo muy conveniente reconocer que la memoria no es un acto del pasado, sino del presente que se lanza al pasado. La perspectiva teórica de los derechos humanos y del olvido conciente de las luchas sociales y por el socialismo (en Chile, Uruguay, España, Argentina, etc.) puede justificarse desde la posición que señala que los nuevos procesos históricos, nuevas coyunturas y escenarios sociales no pueden dejar de producir nuevos marcos interpretativos para la comprensión del pasado y construir así experiencias que miren al futuro. Esto es el sentido que se le da por muchas organizaciones de memoria, ligadas al Estado o a la sociedad civil (ONG), despolitizadas y que valga la paradoja, a través de esta *memoria emblemática* (siguiendo a Steven Stern) que hace de marco y organiza las memorias concretas de los individuos y les da un sentido determinado, se transforma en una memoria como mecanismo de olvido, por el peligro que entraña recordar ciertas cosas para la gobernabilidad y el futuro (Grez, 2007: 5). Sus frases favoritas son *nunca más* o *recordar, para no repetir*. No es eso el sentido que me parece puede dársele a un campo disciplinar tan discutido como el que tratamos.

¿Qué utilidad podemos atribuirle entonces? ¿Para que reconocerlo? ¿Por qué no excomulgarlo de las ciencias *serias* y condenarlo a ser un cajón de sastre, donde cabe

todo, desde literatura hasta sociología, desde la antropología hasta las neurociencias, sin poder distinguirse de la historia? Sergio Grez y otros más señalan que existe una verdadera moda por la memoria (que llevada al paroxismo ha llevado incluso a lo que Naharro Calderón ha nombrado como "memoria del espectáculo o memoria simulacro") (Faber, 2004: 42), que tal como otras modas, pasan, y junto a ellas los investigadores, ávidos de financiamiento para sus proyectos. Pese a todo, lo anterior no significa que tratada en forma adecuada, la memoria (o cualquier moda) no pueda llevar a resultados interesantes (Grez, 2007: 3). La argentina Pilar Calveiro habla de algo que me parece necesario. La *fidelidad de la memoria*. Esto no consiste en la reproducción idéntica de una misma historia, porque la repetición del relato lo deteriora, quitándole vida. La transmisión reiterativa solo es apropiada para los rituales, pero no para aquello que pretende ser materia de aprendizaje a través de la experiencia, como señala Ginzburg. Dice Calveiro que la memoria puede tener una misión útil si la entendemos como un gozne, es decir como una conexión, como algo que permita encontrar las coordenadas del pasado y al mismo tiempo los sentidos que ese pasado y a través de *esas coordenadas* pudiesen adquirir a la luz de las necesidades del presente. No podemos olvidar que el tránsito desde la sociedad mundial bipolar a la sociedad global desregulada fue compleja y traumática, por ello implicó un rediseño económico, social, político (Claude, 1997: 67) y también, y es lo más importante, una reorganización de los valores y de las expectativas, de la visión del hombre y del mundo. Existe una tremenda diferencia entre las constelaciones de sentido de la sociedad, de la política y de la juventud de los años 60 y 70 a la actual (Calveiro, 2006: 379). Los sujetos actuales valoran la individualidad, el éxito y el disfrute. No se puede, adecuadamente, tratar la memoria, en vista de lo anterior, a través de lo que Halbwach llama cuadro o marco social (que actualmente serían los derechos humanos, el pluralismo y el mercado) desligado de aquellas constelaciones de sentido, aunque dichos marcos sociales sean históricos y cambiantes. Si no se lleva a cabo esta conexión de sentidos, se caerá en un reduccionismo grave y perturbador. Reducir la memoria y el pasado, a la rememoración, al monolito y al museo, entendiendo la violencia y el terror como hechos extraordinarios e irrepetibles. Lo último tiene mucho que ver, por ejemplo, con el modo de habitar la ciudad, de la relación entre los habitantes y el espacio urbano. El compartimentar o *parquetematizar* los espacios de memoria (Schindel, 2011: 7) diferenciándolos del resto de la ciudad, termina neutralizando las marcas traumáticas del terror en el resto

de la ciudad, siendo que toda ella y sus habitantes fue atravesada por el miedo, sin contar que ese tipo de memoria olvida las manifestaciones de exclusión e injusticia presentes hoy. Cómo se habita y cómo se recuerda están estrechamente relacionados. La lógica del shopping se puede imponer incluso en estos temas. La cápsula espacial (el mall) tiene una relación indiferente con la ciudad que la rodea (Sarlo, 1994: 17). ¿Es posible conmemorar a los que cayeron por una sociedad más justa olvidando a los pobres y oprimidos de la ciudad? ¿Es posible acaso ir y comprar memoria?

Mirar los procesos políticos pre-dictatoriales de América Latina y a sus protagonistas, con los actuales marcos interpretativos, de los derechos humanos como cultura dominante, de la democracia, la pluralidad y la sociedad abierta, no sólo es distorsionar la historia, sino que también es imposible. Al concentrarse exclusivamente en la circulación de las memorias del horror se olvida fácilmente (y conscientemente) el conflicto social y político subyacente, y al provocar un olvido sobre las continuidades con el presente, se logra un resultado siniestro e inquietante. Contribuir a perpetuar los efectos de la violencia mediante la reproducción y amplificación del terror paralizante (Schindel, 2011: 8). La sociedad Latinoamericana de los años 60, 70 y 80 guardan muchísimas similitudes y continuidades con la sociedad global actual. E incluso más, existen rasgos que quedaron marcados a fuego, tanto en las personas como en las sociedades mismas, lo cual debiese ponernos en alerta de que los aspectos autoritarios de aquel pasado cercano se han actualizado. Es la diferencia entre una memoria literal, que convierte en insuperable un acontecimiento pasado y desemboca en el sometimiento del presente al pasado y la memoria ejemplar, que permite utilizar el pasado con los pies en el presente, aprovechando las lecciones de injusticia para tratar las injusticias del tiempo actual (Todorov, 2000: 23).

A estas alturas del partido es un lugar común reconocido por todos, que la memoria no es una sola, que no hay un monopolio sobre la memoria y que es imposible que exista una única visión e interpretación del pasado. Esto me parece plausible y también que existan más de un modelo analítico a partir del cual se formulen propuestas e investigaciones. Pero es respecto a la memoria oficial (esa que se reproduce una y mil veces en actos y ceremonias) sobre la que hay que ser

especialmente vigilante, ya que tiende a privar a otras de surgir a la luz, memorias que posiblemente sean menos intervenidas y más verídicas. Me parece necesaria una prevención. No toda memoria o acto memorial o memorialístico es un acto de resistencia. Al contrario, la mayoría de los actos de memoria son oficiales, funcionales al sistema, al gobierno de los partidos y la paz social necesaria para poder estabilizar una *clase política*. Es según el sentido que se le dé, y siguiendo a Calveiro, como se acople la memoria del pasado a los desafíos del presente, que un relato puede ser cómplice o resistente al sistema. El hecho de que no haya un acople entre el pasado y el presente mirando al futuro de la memoria, es lo que explica el sentimiento de muchos chilenos que ven la ajenidad y vacuidad de muchos actos de memoria. Como no, la transición se basó en un pacto de amnesia (utilizando una frase de la española Paloma Aguilar) y en consideraciones prácticas, como se lee explícitamente en las recomendaciones del informe Rettig; "Las medidas reparatorias debieran procurar la integración social y tender efectivamente a crear condiciones de reconciliación y nunca a dividir", dice un esclarecedor párrafo del Informe\*.

Algo importante y que me parece debe tenerse claro, es que debe recuperarse la verdadera memoria de la izquierda (la memoria de los perdedores, de los pobres y marginados) y que las instancias oficiales han monopolizado y estandarizado a través del *nunca más* (eslogan que, cosa interesante, según nos señala Federico Lorenz, proviene de la primera guerra en Europa y en particular de Hungría) pero también las otras muchas memorias de las que hablan los entendidos. El español Amoros (2004: 14) refiriéndose a Chile habla de la memoria de la izquierda, de la memoria miserable (de los izquierdistas arrepentidos, nuevos dirigentes y nuevos ricos) y también de la memoria del pinochetismo. En una sociedad como la chilena hace falta atreverse a analizar las concepciones de una no menor cantidad de compatriotas que considera a Pinochet como salvador, hombre de Estado y padre de la Democracia (como fuese el discurso de la UDI hasta el año 2003, en que sale a la luz el documento *Paz Ahora*), que reivindica al gobierno militar y su labor *humanizadora y cristiana* y considera las torturas y muertes como inevitables para *salvar la patria*. Es una memoria importante que no debe ser tampoco acallada, al contrario asumida y confrontada. Es más, creo que la mejor manera de prevenirse de los abusos de los

---

\* Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. Vol.1 tomo 2. p. 1243. Recuperado de: [http://www.ddhh.gov.cl/ddhh\\_rettig.html](http://www.ddhh.gov.cl/ddhh_rettig.html)

que habla Todorov, o de las memorias pródigas en sentimentalismo, nostalgia o mitificación, al decir del holandés Sebastiaan Faber (2004: 48) es que las memorias no se cierran y se enfrenten con memorias conflictivas o rivales. Pero, la memoria de los luchadores sociales, los perdedores, los torturados, los desaparecidos, los violentados, sólo puede ser hecha honestamente desde el punto de vista de las conexiones desde el presente con el mundo de hace 30 o 40 años, que nos permitan darnos cuenta de que un mundo que nos cuentan como tan distante es más cercano y semejante del que suponemos. Se han profundizado y consolidado como normales formas aberrantes y radicales de exterminio y exclusión. Y mirar al pasado permite entender los proyectos políticos que fueron derrotados por el terror y asumir que es posible, a través de estas conexiones encontrar un punto de reencuentro con la tradición y continuar en el presente y para el futuro un proyecto políticos que más hoy que ayer sigue parece urgente. El proyecto histórico por una sociedad justa e igualitaria. ¿Qué proyecto político se mataba y trataba de silenciar cuando se mataron los cuerpos de aquellos jóvenes militantes de 1970 y 80? En una sociedad que al parecer despierta como la chilena, creo que es necesario perder la inocencia y asumir que una tendencia que procura separar la violencia del Estado contra los cuerpos, del proyecto histórico que ellos encarnaban, adolece de falta de honestidad. Reconsiderar estos proyectos sin sentimentalismos ni mitificación, sino al contrario debatirlos y revisarlos críticamente, puede dar lugar al rescate de una memoria con importancia para el futuro. Retomar la hebra histórica del proyecto democrático y popular que se dio en Chile en el siglo pasado de la cual el gobierno de la Unidad Popular es el último eslabón conocido( que algunos como Marcelo Segall remontan hasta principios del S. XIX) como señala María Angélica Illanes, es como la memoria puede trabajar, conjurando la muerte (Illanes, 2002: 251). Retomar el rumbo perdido de la historicidad de grandes sectores de la población chilena y recomponer un cuerpo social *históricamente mutilado* es el uso más honesto que se podría dar a un campo tan confuso como la memoria, donde aspectos filosóficos, legales, judiciales, políticos e historiográficos se mezclan en una discusión donde se funden las ideas en sintagmas tan improbables como el de "Memoria histórica" (Yusta, 2011: 2).

Reconocer validez o importancia al campo de la memoria no es algo gratuito, de simpatía o de compasión hacia las víctimas. El reconocimiento a los avances que en este campo se puedan obtener, deben evaluarse desde una perspectiva política y de

conexión con los sentidos que a sus proyectos políticos las víctimas de las dictaduras atribuían y a su relación con el presente. Entender que la memoria es mucho más que un documental o un monumento no solo es una posición política consecuente con el pasado de los reprimidos y un acto de honestidad. Es un acto de la más profunda humanidad. Si hay una vida humana que se elimina abyectamente la sociedad no puede volver a funcionar como si nada porque se inaugura un monolito

### Referencias bibliográficas

Amoros, M. (2004): Chile: La memoria como fuerza histórica. Clase realizada en la Universidad Complutense de Madrid. Disponible en : [http://www.archivochile.com/Ideas\\_Autores/amorosm/1/1amorosm0016.pdf](http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/amorosm/1/1amorosm0016.pdf)

Calveiro, P. (2006): Los usos políticos de la memoria. Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de Latinoamérica, Buenos Aires, CLACSO.

Claude, M. (1997): Una vez más la Miseria, ¿Es Chile un país sustentable?, Santiago, Lom editores.

Comblin, J. (1979): La Doctrina de Seguridad Nacional, Dos Ensayos sobre la Seguridad Nacional. Santiago, Arzobispado de Santiago, Vicaría de la Solidaridad.

Faber, S. (2004): "Entre el respeto y la crítica. Reflexiones sobre la memoria histórica en España", Migraciones y exilios, nº 5, pp. 37-50.

Ginzburg, C. (1991): El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI, Barcelona, Muchnik.

Grez, S. (2007): "Historiografía, memoria y política. Observaciones para un debate", Cyber Humanitatis nº41, Disponible en: <http://www.revistaterapiaocupacional.uchile.cl/index.php/RCH/article/view/10512/10566>

Illanes, M. A. (2002): La Batalla de la Memoria. Ensayos históricos de nuestro siglo, 1900-2000, Santiago, Planeta-Ariel.

Jelin, E. (2003a): Los Trabajos de la Memoria, Madrid, Siglo XXI Editores.

Jelin, E. (2003b): "Los derechos humanos y la memoria de la violencia política y la represión: la construcción de un campo nuevo en las ciencias sociales", Buenos Aires, Cuadernos del IDES.

Lander, E. (2000): La Colonialidad del Saber: Eurocentrismo y Ciencias Sociales. Perspectivas latinoamericanas, Buenos Aires, CLACSO.

Laclau, E. (1987): "Populismo y transformación del imaginario político en América Latina", Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe, n° 42, pp. 25-38.

Lorenz, F. (2007): "Sobre indicios y resistencias. En torno al paradigma indiciario de Carlo Ginzburg", Prácticas de Oficio. Investigación y reflexión en Ciencias Sociales, Buenos Aires, Conicet, pp. 47-56.

Löwy, M. (2007): El marxismo en América Latina (De 1909 hasta nuestros días). Santiago, LOM Editores.

Rama, Á. (1972): La Crítica de la Cultura en América Latina, Caracas, Biblioteca Ayacucho.

Romero, J. L. (1999): Latinoamérica: las ciudades y las ideas, Antioquía, Editorial Universidad de Antioquia.

Sarlo, B. (1994): Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y video cultura en Argentina, Buenos Aires, Ariel.

Schindel, E. (2012): "¿Hay una "moda" académica de la memoria?" Problemas y desafíos en torno al campo", Aletheia, n° 2, pp.1-11.

Alejandro Polanco Ramírez, La Memoria como campo disciplinar. Algunos problemas teóricos y políticos

Todorov, T. (2000): *Los Abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós.

Yusta, M. (2011): "¿Memoria versus justicia? La recuperación de la memoria histórica en la España actual", *Amnis*, n° 2, Recuperado de: <http://amnis.revues.org/1482>

Zanetti, S. (1994): "Modernidad y Religación: Una Perspectiva Continental (1880-1916)", en Ana Pizarro, ed., *América Latina: Palabra, Literatura e Cultura*, Vol. 2, Sao Paulo, Unicamp, pp. 489-534.

Zapata, C. (2004): "Atacameños y Aymaras. El desafío de la verdad histórica", *Estudios Atacameños*, n° 27, pp. 169-187

Recibido: 15-05-2016

Aceptado: 30-11-2016

65